

feroz de miedo y de pavor loco.  
Y repentinamente  
—¿Qué haré?—se preguntó. Dudó un momento  
y entrando en posesión de su existencia,  
pasó del pensamiento á la conciencia,  
después de la conciencia al pensamiento,  
y al fin, con la entereza del espanto  
echa el cadáver de Rosaura al río,  
y arrepentido ya de amarla tanto,  
más que en su cuerpo, en su alma siente frío.

## XIII

Avezado á su noble servidumbre  
*Titán*, el perro fiel de Terranova,  
echándose tras ella por costumbre,  
lucha por ver si al agua el cuerpo roba  
que su dueño arrojó sin pesadumbre;  
mas Julio indiferente y alelado,  
que lo que antes amó detesta ahora,  
sube al cerro empinado,  
donde se sienta triste y casi llora.  
Y allí puesto en alerta,  
y presumiendo que jamás sería  
la huella de su crimen descubierta,  
desde lo alto del cerro  
mira con alegría  
de Rosaura el entierro  
que en el agua va á hallar tumba sombría,  
y al perro y al cadáver contemplando,  
arrastrados los ve por la corriente  
que flotaban dejando  
el rastro de una luz fosforescente;  
y con ojos abiertos  
por el terror desmesuradamente,  
ve al perro que, luchando sin descanso,  
ya hundiéndose en las aguas, ya subiendo,  
pide auxilio, gimiendo,  
hasta que al fin, del río en lo más manso,  
se cumplió su destino,  
pues al llegar á un pérfido remanso,  
se los sorbió á los dos un remolino.

## XIV

Todo esto lo ve Julio desde el cerro  
con el cuerpo aterido, el alma yerta...  
Mucho más fiel que el hombre, el pobre perro  
ni siquiera al morir soltó á la muerta.

## ESCENA VI

## El anónimo

*Julio. — Un anónimo*

Sobre la tumba de ella escribió un día:  
«¡Por darte vida á ti, me mataría!»  
Y al otro día por autor incierto,  
con lápiz al final se vió añadido:  
«Si ella hubiese vivido,  
ya de hastío tal vez la hubieras muerto.»

## ROSALÍA

JORNADA TERCERA

## ESCENA PRIMERA

## Madrigal

*Julio. — Rosalía*

Hay un rincón maldito en el infierno  
desde el que, en vaga y celestial penumbra,  
para aumentar el sufrimiento eterno,  
otro rincón del cielo se columbra.  
¿Por qué de mi alma el tenebroso infierno  
la hermosa luz de tu semblante alumbra,  
si es mirarse en tus ojos retratado  
hacerle ver el cielo á un condenado?

## ESCENA II

## El almez

*Julio*

## I

Junto á este mismo almez á *Rosa* un día  
hice votos de amarla eternamente.  
Se está oyendo en el aire todavía  
de mi acento el rumor.  
¿Por qué siento, mis votos olvidados,  
esclavo de otra fe, nuevos ardores?  
Pasa el tiempo de amar y ser amados,  
mas no pasa el amor.

## II

Otro día á *Rosaura*, encantadora,  
al pie del mismo almez juré lo mismo,  
y recuerdo que entonces como ahora,  
cantaba un ruiseñor.  
Pasó el tiempo, y los nuevos ruiseñores  
vinieron á cantar á otra hermosura;  
porque se van amados y amadores,  
pero queda el amor.

## III

Después, al pie de este árbol he sentido,  
extático mirando á *Rosalía*,  
momentos de emoción, en que he perdido  
para siempre el color.  
¡Ay! ¿Pasarán, como pasaron antes,  
si no el amor, las almas que lo sienten?  
¡Sí! ¿que es siempre, siendo otros los amantes,  
uno mismo el amor!

## IV

Almez, á cuyo pie tanto he adorado;  
de amores, que aun vendrán, altar querido;  
que enciendes, recordando mi pasado,  
de mi sangre el ardor...  
tú morirás, cual muere nuestra llama,  
y otro árbol nacerá de tu semilla,  
porque, aunque es tan fugaz todo lo que ama,  
es eterno el amor.

## V

Y cuando el mundo al fin sea extinguido  
y se oiga en las regiones estrelladas  
del orbe entero el último crujido  
en inmenso fragor,  
Dios de nuevo la nada bendiciendo,  
de ella hará otros almeces y otros mundos,  
é irá un hervor universal diciendo:  
—¡Amor! ¡amor! ¡amor!...—

## ESCENA III

¡Así!

*Rosalía.* — *Daniel*

## I

—Mira hacia allá. Tu eléctrica mirada  
¿por qué se clava con ardor en mí?  
¡Es mi pecho un volcán! ¡muero abrasada!  
¡No me mires así!—

## II

—Mira hacia acá. Tus ojos inconstantes  
ya no se clavan con ardor en mí;  
si he de vivir, mírame *así*... como antes...  
fíjate bien: *¡así!*—

## ESCENA IV

## Las églogas modernas

*Rosalía.*—*Julio Montero.*—*Daniel.*—*La luna.*—*El poeta*

## I

Ya había poca luz en la montaña  
y era casi de noche en las honduras,  
viéndose á un tiempo, en perspectiva extraña,  
bajo un monte con luz, valles á obscuras.  
En uno de los valles de esta sierra  
se halla un jardín obscuro y pintoresco  
que parece olvidado de la tierra;  
y del jardín, en el rincón más fresco,  
un cenador formado por almeces,  
donde no se ve luz ni se oyen ruidos,  
y hay tanta paz en su interior, que, á veces,  
hacen en él los pájaros sus nidos.  
Contándose los dos esos secretos  
que suelen escuchar los cenadores  
cuando á oídos discretos  
se acercan unos labios habladores,  
están al fin de este apacible día  
en aquel cenador, sin luz ni ruidos,

sobre un banco, Daniel y Rosalía,  
deshojando unas flores distraídos.

## II

Hermosa nieta de su hermosa abuela,  
Rosalía, entre flores confundida,  
sobre el banco que el musgo aterciopela,  
á Daniel escuchaba embebecida  
cuando tenía apenas  
la edad en que ya corre por las venas  
el alma confundida por la vida.  
Además de ser bella,  
se admiraban en ella  
los lindos pies y las pequeñas manos,  
y su cutis tenía  
ese matiz que se llamó algún día  
el *bético color* por los romanos.  
Pasando en Avilés por gaditana,  
en Cádiz se decía  
que era prima del sol y perüana,  
pues siendo tan morena, Rosalía,  
con la tez de su abuela competía  
su tez de cuarterona de la Habana.

## III

Nuestro Julio Montero,  
que á Rosalía con furor amaba,  
recuerda cuando Rosa le juraba  
que es el último amor el verdadero.  
Con respeto profundo  
cumplía como noble sus deberes,  
y á no encontrar morenas en el mundo  
sería un Escipión con las mujeres.  
Pero ignorando yo por qué razones  
á su ardoroso seno  
en el color moreno  
le enviaba Satanás mil tentaciones.  
fué una tras otra, y en creciente, amando  
tras de Rosa, á Rosaura y Rosalía,  
las tres morenas y las tres hermosas;  
y por eso con honda simpatía  
fué en su pecho reinando  
la bella dinastía de las Rosas.  
Sólo tuvo en el mundo tres amores,  
ligero uno, otro grave, otro profundo;  
positivo y equívoco el primero;

casto, ardiente y fantástico el segundo;  
y ultra-amante y platónico el tercero.  
Y, según la sentencia del profeta,  
—*como los hombres para amar son ciegos*—  
halló Julio en sus sueños de poeta  
en la abuela, en la hija y en la nieta  
toda la gracia antigua de los griegos;  
y amante, á su pesar, de Rosalía,  
estaba tan celoso, tan celoso,  
que el pobre, un poco viejo, no sabía  
pensar en Luis catorce, que decía:  
—A mi edad, mariscal, nadie es dichoso.—

## IV

Era tanta la fe con que quería,  
que ¡perdonad la execración, Dios mío!  
el lecho de su madre quemaría,  
si los viese con frío,  
por calentar los pies de Rosalía.  
No hay crimen ni bajeza  
que no cometa un hombre, si celoso  
tiene un horno encendido por cabeza;  
por eso el día aquel, Julio, envidioso,  
siendo más bien que un necio un insensato,  
¡oh inocente candor de los sesenta!  
quiere escuchar un rato  
lo que Daniel á Rosalía cuenta;  
y como antes ya dije que tenía  
el bello cenador por ambos lados  
asientos de granito desgastados,  
en uno de los cuales aquel día  
juntos están Daniel y Rosalía  
con dejadez asiática sentados,  
Julio, que amaba con senil ternera  
y era más bien demente que culpable,  
poco antes, sacudiendo la cabeza  
como un loco incurable,  
queriendo ver y oír el miserable  
lo que había en su amor de misterioso,  
exaltada su ardiente fantasía  
se escurrió cauteloso,  
cual si fuese un reptil, bajo el asiento  
en que estaban Daniel y Rosalía...  
Julio en aquel momento,  
siendo un hombre hasta bello, era espantoso.

## V

Mientras están del cenador á un lado  
Daniel y Rosalía  
sentados en el banco, que tenía  
por la lluvia el cimient socavado,  
bajo el cimient echado,  
y oculto en situación tan vergonzosa,  
se acuerda Julio de Rosaura y Rosa  
cual de un eco lejano del pasado;  
y agolpársele siente,  
ya arrepentido de su mal consejo,  
el rubor á la frente,  
pues tarde ve que, desdichadamente,  
sin llegar á ser sabio, se hizo viejo.  
Y ¡pobre Julio! su ansiedad es mucha,  
pues cree que encima del asiento imitan  
del tormentoso amor la ardiente lucha  
las ramas que se agitan...  
Y es que para un celoso, cuando escucha,  
los silencios parece que palpitan.  
Mas ¿qué hacen esas almas encantadas  
de corazón tan joven como ardiente?  
Nonadas nada más, simples nonadas;  
lo que se suele hacer naturalmente  
cuando brota el amor de dos miradas;  
lanzar ayes de amor que hacen un ruido  
como de santa intimidad del nido;  
esas cosas henchidas de placeres  
que, cuando se aman hombres y mujeres,  
se dicen muy cerquita y al oído;  
lo que se dice en víspera de boda,  
por lo cual Rosalía hablando quedo,  
murmura como todas  
las que van á casarse:—¡Tengo miedo!

## VI

¡Pájaro fascinado, que aturdido  
en la boca cayó de la serpiente,  
ve Julio, arrepentido,  
que nada oye ni ve, pues solamente,  
como si fuese el aura,  
la hija encantadora de Rosaura,  
haciéndole cosquillas en la frente,  
le roza sin querer con el vestido!  
Y á aquel roce magnético, sintiendo  
los celos de la carne acres y extraños,

sin poder oír nada, estuvo oyendo  
diez segundos más largos que diez años;  
y unos ojos abría  
cual los que abre un ahogado en su agonía  
en el fondo del agua;  
mas ni el pie vió siquiera á Rosalía,  
porque un doblez de encaje de la enagua,  
como á un astro una nube lo cubría;  
y su amor maldiciendo,  
echa al cielo, gimiendo,  
con un resto de juicio,  
la mirada de un hombre que está viendo  
que en el fondo se echó de un precipicio,  
en tanto que despiden á porfía  
los ojos de Daniel y Rosalía  
relámpagos de luz y de deseos  
al rumor de los tiernos cuchicheos  
de pájaros nacidos aquel día.

## VII

¡Ay! Una vez que de gentil manera  
dió un salto sobre el banco Rosalía  
como una cervatilla en la pradera,  
Julio vió que el asiento se bajaba  
y al grave peso de los dos cedía...  
y al verlo, su cabello se erizaba,  
y ahogándose, el aliento retenía,  
y el curso de su sangre se paraba.  
Mas como es su desgracia una vergüenza,  
á resistir el peso maldecido  
con el valor de un Hércules comienza,  
y ya en su hueco de reptil metido  
para oír á Daniel y á Rosalía,  
ni pudo articular ningún sonido,  
ni moverse del sitio en que yacía;  
y al fin, cuando repara  
que si el banco, á la base mal sujeto,  
baja algo más, le aplasta por completo,  
toma de Julio la siniestra cara  
un color de cabeza de esqueleto.

## VIII

Julio, echando hacia arriba  
la mirada de un lobo encadenado,  
con temor infinito  
ve que el cimient en que el amor estriba,

por el tiempo y la lluvia descarnado,  
deja correr hasta el nivel del suelo  
el banco de granito,  
como si fuese un témpano de hielo;  
y aunque ahora, como antes,  
creen oír los amantes  
en lo profundo de la sombra un ruido  
parecido al rumor de unas congojas,  
creyendo que habrá sido  
el dulce remolino de unas hojas,  
siguen quietos Daniel y Rosalía,  
mientras Julio sentía  
un momento de angustia inexplicable...  
¡Miserable! ¡Oh, mil veces miserable!  
¡Qué escena tan cruel parecería  
si nos pintasen con su ardiente estilo  
situación de dolor tan lamentable  
el fiero Dante ó el poderoso Esquilo!

## IX

Quejoso Julio de su suerte inicua,  
tiende hacia el cielo una mirada oblicua,  
y al través de la trémula enramada  
ve la luna plateada  
que alzándose, cual nunca placentera,  
con su luz entre blanca y azulada  
cree que le viene á hablar de esta manera:  
—Oye, Julio, á tu vieja conocida:  
¿qué suerte adversa á sostener te trajo,  
vil Sísifo, esa losa desprendida?  
¡Qué amor arriba, y qué dolor abajo!  
Nace uno y otro muere: esta es la vida.  
¡Asesino de Rosa,  
por quien Rosaura se murió de pena,  
ya ves que es esta vida una cadena  
en que nace una cosa de otra cosa;  
y por eso sin duda al cielo plugo  
que sea en esta noche tan serena  
Dios tu juez, Rosalía tu verdugo!  
¡Qué burla tan amarga de la suerte!  
Nada se pierde, Julio, ni se olvida.  
Hoy la nieta de Rosa, al darte muerte,  
une el fin y el principio de tu vida.  
¡Adiós! Se hunde la losa, gime y reza;  
aprovecha piadoso  
el último momento luminoso  
que nos presta al morir naturaleza.  
¡Adiós! ¡Adiós! Tu amor era un delirio.

Pide al cielo piedad y muere en calma.  
¡Tal vez Dios te perdone, pues que tu alma  
llegó á la expiación por el martirio!—  
Y al soñar que la luna así le hablaba,  
metido en aquel lecho de Procusto  
el semblante de Julio ya tomaba  
la térrea y fría palidez de un busto,  
diciendo, porque á Rosa recordaba,  
en vez de blasfemar: —¡El cielo es justo!—  
Y al trasponer la cima de un vallado,  
la luna parecía  
que, recordando á Julio su pasado,  
—¡La expiación!...—cruel le repetía.

## X

Y en tanto que seguía indiferente  
la luna su camino,  
y que arriba y abajo eternamente  
marchaba cada cosa á su destino,  
ni sentados ni en pie, medio apoyados  
para contarse el fin de algún secreto,  
derriban los amantes por completo  
del banco los cimientos socavados.  
¡Y en el fatal momento  
en que al peso insufrible del asiento,  
los poros de sus miembros aplastados  
brotaban un sudor sanguinolento,  
á tientas Rosalía y vacilante  
para hacer más graciosa una postura,  
sobre el rostro de Julio agonizante  
con el pie se asegura:  
pisa, se afirma, la sedienta boca  
del moribundo con el pie sofoca;  
suena un ruido, la losa desprendida  
aplasta á Julio en su mortal caída;  
y siendo á un tiempo muerto y enterrado,  
besó el pie que le ahogaba, el desdichado,  
con el último aliento de su vida!

## ESCENA V

## El alma en venta

Julio.—Satanás

Así con Satanás Julio habló un día:  
—¿Quieres comprarme el alma?—Vale poco.  
—Tan sólo por un beso la daría.  
—Antiguo pecador, ¿te has vuelto loco?  
—¿La compras?—No.—¿Por qué?—Porque ya es mía.